



Socorro Venegas

La memoria donde ardía

LA MEMORIA DONDE AR- DÍA

SOCORRO VENEGAS

Socorro Venegas, *La memoria donde ardía*

Primera edición digital: abril de 2019

ISBN epub: 978-84-8393-645-0

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Colección Voces / Literatura 279

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

© Socorro Venegas, 2019

© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2019

Editorial Páginas de Espuma
Madera 3, 1.º izquierda
28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51

Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

para Marcelo

PERTENENCIAS

*Quien ha visto vaciarse todo,
casi sabe de qué se llena todo.*

Antonio Porchia

Ahí se contiene todo. La soledad, el aullido de un perro que se hunde en la arena, la blanca mole de recuerdos cristalizados. El sonido del viento, sus astillas, el anciano que acaba por regir cada acto de nuestra vida. El corazón sin su avidez. El acero puro del desamparo.

Me volví hacia Pablo: ¿También quieres que me lo lleve?, pregunté apretando contra mi pecho la vieja reproducción de una pintura de Goya. Dijo que sí. Añadió casi con cinismo: ¿Quién no es o ha sido un perro semihundido? Asentí. Quién.

No espero ninguna cortesía de nadie. No espero amabilidades del mundo. Y creo que no tengo que disculparme por eso. Me contemplo sin intención, sin interés, como si viviera para alguien ajeno. De noche, a menudo hago un recuento veloz de cosas sucedidas durante el día: un monólogo, una retahíla, ¿para quién?

De un segundo a otro, una mañana, mi marido murió. Cuando pude moverme, en esos días de duelo, puse el anuncio. Pablo me llamó para preguntar acerca de ese aviso en una revista de *Compro y Vendo*: «Cambio todos los muebles, enseres y accesorios de mi casa por otros». Así lo conocí. Fue el único que llamó. Pronto estuvimos frente a

frente, muy serios y concentrados. Ninguno quiso saber por qué cada cual estaba dispuesto a canjear sus cosas. Quizá para no mirarnos a los ojos, comenzamos a escribir mientras hablábamos. Listas y descripciones de mobiliarios que dolían en el aire, en los huesos, en la piel.

Era bueno alejarme de mis pertenencias.

Primero fui yo a su departamento, blanco y espacioso. Corroboramos el listado, calculamos, y de una vez me dio la licuadora, un tostador y los utensilios de cocina, puso todo en una caja y afirmó, aliviado: No los uso, siempre como en la calle.

Pablo tenía muchos juguetes, casi nuevos, en uno de los dos cuartos. También una cama individual. Me advirtió, como si invocara una cláusula: Debes llevártelos. Me encogí de hombros. Él salió de la habitación, pálido, mientras yo deslizaba los dedos sobre las teclas de un pianito.

El trato era este: cada quien empacaría y arreglaría la mudanza del otro. Así evadíamos la voraz memoria de los objetos.

A veces tengo sueños. Mi muerto me visita.

Se ha ido, pienso cada mañana con asombro, al abrir los ojos y ver el blanco del techo. Minutos después, confirmo: se ha ido. Y ya no es un estilete abriendo zanjas sin fondo en mi corazón. Ha pasado. Llega la urgencia de decir: he cambiado. Rogar porque así sea. He aquí el nuevo orden de la vida: él ha muerto/yo he cambiado. Pero, porque la transformación se impuso, abrupta, cambiar duele. Era innecesario convertirme en esta afanosa solitaria.

Pablo fingía interesarse en mi televisor, contar los libros, revisarlos, encendía y apagaba el estéreo como hipnotizado por la luz roja del interruptor. Le importaba lo mismo que a mí Sony o Samsung. Le extendí la garantía, aún vigente. Simuló leerla, y a bocajarro dijo: Pareces de treinta y cinco, ¿tienes treinta y cinco? No. Acabo de cumplir veintiocho. Ah, siguió desenfadado, también envejecí de

golpe. Me echan al menos cuarenta y acabo de cumplir treinta y dos. Vi las canas en sus sienes. Siguió contemplando aparatos electrónicos, jugando con interruptores a lo largo y ancho de mi casa.

Fui al espejo, con la curiosidad de alguien que espía a su vecino.

A veces despierto y no abro los ojos. Pido con todas mis fuerzas: ¿podrías volver? Me opongo a la tumba. A sus deudos. A un epitafio.

Con su muerte me sucedió algo singular: los que venían a darme consuelo me confesaban secretos. ¿Veían en mí un filtro muy ancho, por el que también sus penas podrían irse? Los escuchaba, aturdida por los misterios que guardaban, ¡era gente a la que creía conocer! Adulterios, suicidios frustrados, alguien confesó haber desconectado el oxígeno de su abuelo para que ya no sufriera: Alégrate, tu marido no se degradó en una cama de hospital, agradece que se fue rápido, considera que. Me dejaban exhausta.

Mañana viene Pablo a empacar.

Primero quise que dismantelara el clóset. Pero esto..., se interrumpió e hizo un ademán desesperado al ver la ropa, los zapatos. Se volvió hacia mí con pesar. Le dije que era como con los juguetes, tenía que llevarse todo. Suspiró y comenzó a descolgar camisas, pantalones, ¡el esmoquin! Pablo se colocó frente al espejo y se sobrepuso el saco: le quedaba enorme. Reímos. Decidí dejar que trabajara solo y salí de mi casa. Fui a vagar por ahí, entré en el cine y vi tres películas seguidas. Con los ojos entornados pasé de una sala a otra. Despacio.

No dejaba de pensar en cada cosa que Pablo estaría tocando... ¿los objetos no lo rechazarían, absoluto desconocido? Y cuando yo tomara lo suyo, ¿se quebrarían en mis manos los juguetes? Uno puede morir de desesperación si piensa en cómo un sillón sobrevive a un ser amado. Y ni hablar de cuchillos, cucharas y tenedores, no tienen límite.

Cuando regresé, el camión de mudanzas iniciaba su viaje y Pablo me esperaba. Al día siguiente me traerían sus cosas; mientras tanto, éramos dos personas con la página en blanco. Con la casa sin memoria. Yo usaría esa noche una bolsa de dormir. Nos despedimos con mucha cortesía, sin mirarnos a los ojos. Extremadamente delicados y atentos, sabíamos que lo único que teníamos para cuidar era nuestra fragilidad.

¿Podría, en verdad, decirse que alguien ha partido pronto? ¿Quién puede decir cuándo es hora?

Sin Pablo, llegaron puntualmente sus pertenencias. Saqué la reproducción del *Perro semihundido*. La colgué en la pared, arriba de mi cabecera. En silencio escurre el desierto sobre mí. En silencio nos sumergimos. Solos.

Un domingo invernal, en la entrada del cine, oí mi nombre. Quise saber de dónde venía esa apacible voz y miré a todos lados. Entonces supe qué contenían mis ojos al ver los de Pablo. No logramos evitarnos, fue como quedar desnudos, con nuestro miedo y nuestro frío entre la gente. El abrazo de Pablo no era de pésame. Por primera vez en muchísimo tiempo un abrazo no me suscitaba la idea de la muerte. No me obligaba a decir «gracias». En ese cerco quisimos detener el hundimiento de la criatura funesta en que nos habíamos convertido. Sin valor, sin compasión. Acaso para saldar, de una vez, el intercambio de utilería que pactamos.

EL COLOSO Y LA LUNA

Se desliza por su cuerpo de gigante la luz blanca, igual que el sueño en los ojos muy abiertos de la niña. Al fondo de la mirada de Andrea hay un hombre inmenso sentado a la orilla de la tierra, la cabeza ladeada hacia la luna. ¿De dónde vino este coloso para habitarle el sueño?

Está cansada. Apenas parpadea. Y en su boca hay un sabor amargo y seco. Todo el día buscó a su padre, caminó por las calles de su barrio, entró en las cantinas, tocó las puertas de cada conocido y recibió las negativas. No le importaba mucho hallarlo, pero su madre se pondría furiosa si no lo llevaba de vuelta.

La pesquisa la hizo explorar más allá del barrio, territorio desconocido. En el límite entre su calle y la otra unas niñas jugaban rayuela. Andrea quiso dejar a la suerte la decisión de ir más lejos o volver a casa sin novedad, entonces escucharía los insultos de su madre, quien luego se echaría a llorar lamentándose por la hija tan inútil que tenía, la amenazaría con sacarla de la primaria y ponerla a trabajar de criada.

Apenas era mediodía. Las niñas aceptaron que se uniera al juego, pero se burlaban de su suéter viejo y los zapatos sucios. De un brinco a otro, mientras ellas cuchicheaban, Andrea recordaba las mil mañanas en que su madre, sin importarle que fuera día de escuela, le ordenaba: No llegó. Vete a buscarlo, y con urgencia le metía en el bolsillo del suéter una pequeña botella de Bacardí para así conseguir que la acompañara. El anzuelo. De un número a otro de la rayuela, Andrea iba más concentrada y más enojada. No le gustaba obedecer a su mamá. No le gustaban las caras de

los vecinos con los que a veces su padre bebía, la interrogante inútil que le devolvían: ¿No llegó anoche tu papá?, mira qué cabrón.

Una de las niñas le preguntó entre risas si nunca se quitaba el suéter o se bañaba. La otra se acercó y le sacó la botella, iba a burlarse o a correr a contar lo que acababa de descubrir, pero Andrea le arrebató el frasco y le dio un tirón de cabellos que de todos modos la hizo correr, llorando, con su amiga detrás. Hubiera querido patearlas y morderlas. Qué rápido huyeron de su odio y su sed. Escupió.

No supo cómo. Mientras caminaba para seguir su búsqueda abrió mecánicamente la botella y se la empujó dos veces con tragos largos. El ardor en la garganta la hizo toser. ¿Por qué le gustaba a su papá ese líquido que dolía y cuyo sabor le pareció horrible? Ella traía en el pecho un fuego más hondo que el de ese ron blanco. Volvió a beber, esta vez el alcohol escurrió por su cuello.

Pasó por la tienda La Cordobesa, guardó el frasco y entró. Una dulce sensación le aflojaba brazos y piernas, llegó ante el mostrador y compró un chocolate. Lo abrió despaciosa, torpe, y se lo comió en rápidos bocados. La tendera no le prestó atención y solo le señaló el bote de basura. Al salir de ahí la orden de buscar a su padre se oía lejana; en sus orejas burbujeaban perezosos todos los sonidos del día: pájaros, coches, pasos, voces. La voz de su madre, no. Se sentía cansada, llevaba mucho rato caminando y recordó que no había desayunado. Esa delicada sensación de no pisar del todo el suelo la obligó a arrastrar una mano por la pared, temerosa de caerse. En una esquina casi chocó con una mujer que llevaba dos grandes bolsas de supermercado: ¡Andrea, allá atrás está tu papá!, advirtió.

A Andrea, que siempre gozaba del sol en su rostro, ahora le pareció que en el cielo un reflector cegador y agobiante se orientaba hacia ella. Palpó sus mejillas con los ojos cerrados, sonrió al ir reconociendo sus cejas, la exacta dimensión de cada línea, la sonrisa crecía, la nariz chata, la barbilla y la cicatriz que se hizo al caer de un columpio. El

cielo, su aparente lejanía, la obsesionaba cuando más chica: aquella vez, en lo alto, se soltó y estiró los brazos.

Comenzó a reírse. Hoy no creería posible tocar el cielo. Abrió la botella y vació en el suelo lo que quedaba del ron.

Reconoció la calle que daba a la escuela, una subida muy larga; dos años atrás su mamá todavía la llevaba cada mañana, por lo general se le hacía tarde —le costaba despertar después de las pastillas que tomaba en la noche—, Andrea se caía con frecuencia al tratar de seguir aquel paso apurado. Sus rodillas tenían las cicatrices de la prisa.

Buscó la sombra, por un instante se sintió tan lenta como la tortuga que un día le robó a su vecino. Su madre, distraída, pisó al animal. Pero Andrea no dejaría que nadie le pusiera el pie encima. Se defendería de cada burla: por el suéter roto, los zapatos sucios, las malas calificaciones, las palabrotas que se le salían.

Dormido, acurrucado contra la pared, ahí en la calle, estaba su padre. Andrea sintió mucha vergüenza, ¿qué pasaría si alguien de la escuela los reconocía? Vio que a través de la botella ya no se deformaban las cosas: estaba vacía. Y entonces se preguntó: ¿Con qué lo haré volver? No importaba. No volverían. Se sentó a su lado. Subió a su nariz el olor a orines y alcohol secos, una sensación de asco la hizo arquearse, pero se contuvo. Pensó que cuando despertara, él también creería que, en adelante, la vida estaba solo en las calles. ¿Para qué ir a casa? No se separaría de su papá. No tendría más vergüenza. Acecharía para quitarle las botellas y vaciarlas sin que se diera cuenta. El aire caliente de la tarde la cubrió con un abrazo suave; durmió.

Oscurecía cuando Andrea se incorporó. Hizo una mueca: la cabeza le dolía espantosamente. Su padre estaba sentado en la orilla de la acera, y para ella era un gigante que soñaba, un destructor, un coloso triste. La imagen se destiló en sus ojos, ardiente y dulce. Vio que tenía entre las manos la botella vacía. Quiso decir algo, pero solo tragó saliva. Algo más quiso salir de su garganta, una bocanada de veneno, de vómito amargo que ya no podía retener. Él

suspiró profundamente. Ladeó la cabeza hacia el cielo, la
sonrisa estúpida. La luna, miraba la luna.

LA MEMORIA DONDE ARDÍA

¿Estaremos hechos más de lo que olvidamos que de aquello que recordamos? Me llevé los dedos a los labios. Reverberaba el fuego del tiempo transcurrido. El sabor de la gasolina me hizo presionar suavemente el pedal del freno. Orillé el auto y lo apagué. Miré por el retrovisor, alcancé a distinguir la feroz bocanada del muchacho, unas cuadras atrás.

Caminé de vuelta hacia el lugar en que el tragafuego hacía su espectáculo. Detenía el tiempo. O quizás el tiempo detenía el aire, el humo, la llama.

Parecía un asunto muy calculado, y la vida le iba en eso: el buche de gasolina, acercar la boca unos milímetros a la antorcha y rugir. El incendio instantáneo.

Parecía calculado pero daba miedo. Lo miraba de lejos y sentía en mi rostro el calor de su lumbre.

Era todavía un adolescente. Momentos atrás, cuando lo vi delante del parabrisas apenas me fijé en su rostro. En su silueta raquítica. Con la prisa del que quiere seguir su camino sin la demora de la miseria alzándose frente a uno, le di unas monedas y fue entonces cuando nuestras manos se rozaron.

Ahora lo miraba francamente. Era casi hermoso, de rostro afilado y ojos rasgados. De una manera perturbadora resultaba atractiva su boca enrojecida, los labios hinchados.

¿Qué se me había perdido en esa esquina?

Una tarde mi padre se quedó sin combustible y tuvo que improvisar un garrafón. Le pidió ayuda a un taxista, y

ahí estaban chupando la gasolina del tanque del taxi hasta que, por una ley de la física, supongo, el líquido subió solo por la manguera, del tanque al garrafón.

Papá desechó esa manguera echándola a la cajuela, pero yo la robé y me gustaba imitarlo, jugaba con mis hermanos y sus carros y no era, para nada, una niña de muñecas. Todos lo supieron el día que las quemé rociando un poco del carburante que extraje del tanque del coche.

Otra tarde en una isla en la que Alan y yo hicimos autostop para ir de un extremo a otro, de algún lugar de la Córcega salvaje al puerto de Bastia. Los autos viajaban a exceso de velocidad por la escasez de combustible, y aquel cochecito rojo en el que íbamos con una conductora rumana se salió del camino; ella no hablaba una palabra de inglés y solo maldecía en su lengua; el olor de la gasolina escapando nos hizo correr a los tres, de nuevo al camino, a pedir aventón con algunos golpes en el cuerpo y la vida generosa y aliada nuestra. Cómo saber que el tiempo se le acababa a Alan, que unos meses después su cuerpo sería abatido por un aneurisma y yo por la viudez a los veintisiete años.

Y mucho antes de Córcega: otra isla, los rincones de Matanzas que recorrí con aquel amante de cabellos largos. Canjeamos la gasolina que él atesoraba para su viejo *Studebaker* por una botella de ron y bebimos hasta la última gota frente al mar de Varadero. Ebrios, tristes, le dijimos adiós a una historia que no decía nada de nosotros porque nunca tuvimos fe en ese amor.

Un domingo en que me tocó la guardia en el periódico donde trabajaba me pidieron que fuera a cubrir la noticia del levantamiento de un pueblo; habían secuestrado a unos policías y la gente amenazaba con rociarles combustible y quemarlos vivos si el gobierno no extendía ciertas garantías. Cuando llegué allá, el olor ominoso de la carne quemada se alzaba desde la plaza central del pueblo. Solo un policía sobrevivió al abrazarse a su verdugo con todo el terror y amor por la vida del que era capaz.

Se dice a veces que uno se deshace en disculpas o en lágrimas. Yo me deshacía en memorias. El Señor del Tiempo me había dado otras vidas para gastar y yo, cómo negarme, las había vivido.

Era una especie de asalto ahí en la intemperie, frente al muchacho desconocido: me eran arrancados esos recuerdos. Como cuando nos quitamos una vieja joya que ha estado tanto tiempo en el mismo sitio que ya no sabemos que ahí está, y de pronto en su lugar queda un pedazo de piel más blanca, y el vacío, la ausencia, se hacen evidentes. Miré hacia el cielo con los ojos entrecerrados. Bajo la luz de nuestra enorme esfera incandescente, sonreí.

De modo que así es como regresan los recuerdos, para decirnos quiénes somos.

Un encuentro fortuito con un objeto extraviado, yo misma, era lo que me sucedía. Pero no era solo eso. También tragaba fuego.

El muchacho me miró. Detrás del humo negro me dirigió una sonrisa difícil. Buscó el dinero de los conductores con una mano extendida y la antorcha en la otra. Cuando el semáforo dio luz verde corrió hacia la acera. Una andanada de autos pasó entre nosotros. Hizo un buche de gasolina, se inclinó hacia mí con una graciosa reverencia y rugió con un vigor renovado. La lengua de lumbre se alzó sobre los autos, gozosa, atravesaba el aire limpio, ávida, traspasando mis recuerdos, me encontraba después de tanto, tanto tiempo.